

poco pálido, que la estrechó amigablemente las manos. ¿Estaba mejor? ¿Había dormido bien?

—Sí, gracias,—contestó ella;—estaba mejor. Se sentó sobre el sofá ruborizada. No sabía bien lo que se decía, y repetía con sonrisa vaga:

—Estoy bastante mejor.

Y pensaba para sí:

—¡Pero es que este fastidioso personaje no se va á marchar!...

—¿No habéis salido?—preguntó Sebastián, sentándose en una butaca con el sombrero en la mano.

—No, estaba todavía un poco cansada.

Sebastián se pasó lentamente la mano por la frente, y con voz que su embarazo hacía más sorda:

—Pues tengo entendido que no le falta á usted compañía...

—Sí,—dijo Luisa, con la mirada baja y arreglando los pliegues de su vestido con la punta de los dedos.—Ha llegado mi primo. ¡Hacia tanto tiempo que no nos veíamos! Nos hemos educado juntos, y viene casi todos los días.

Sebastián aproximó un tanto la butaca, y dijo en voz baja:

—Pues venía precisamente sobre este asunto...

—¿Qué asunto?—preguntó Luisa asombrada.

—Pues que se han apercebido ya... La vecindad es la peor de las cosas, mi querida amiga. Todo se ve. Se murmura ya: la criada del Doctor... el señor Paula. Estos rumores, han llegado hasta la tía Juana; y como Jorge no está aquí... como esas gentes ignoran vuestro parentesco... y Basilio viene todos los días...

—De modo,—dijo Luisa, levantándose bruscamente, con los labios pálidos,—que no puedo recibir á los parientes, sin que me insulten?

Sebastián se levantó como ella. Aquella súbita có-

lera, en una mujer tan dulce, le espantó como la tempestad que estalla en el puro cielo de verano.

—Pero, querida señora...—dijo él con timidez:—yo lo digo porque se habla de ello; pero yo no afirmo que... Es por los vecinos...

—Pero ¿qué pueden decir?—preguntó Luisa con voz vibrante, juntando las manos.—¡Es verdaderamente curioso! Tengo un solo pariente, con el que he sido criada, y al que no veo hace muchos años; viene á hacerme tres ó cuatro visitas, se está un momento, ¡y ya se murmura!

Hablaba con convicción, olvidando las palabras de Basilio, los besos, el cupé...

Sebastián, sobaba su sombrero entre sus manos temblorosas.

—Creí prudente advertir á usted... También Julián...

—¡Julián!—exclamó ella.—¿Qué tiene que ver en esto? ¿Con qué derecho se ocupa de lo que pasa en mi casa?

La intervención de Julián la pareció una afrenta más. Se dejó caer sobre una silla, con las manos sobre el pecho, y los ojos en blanco.

—¡Si Jorge estuviera aquí, Dios mío!

—Es por su bien...—balbuceó Sebastián.

—Pero, vamos á ver: ¿qué mal puede venir de esto? Es mi único pariente; nos hemos criado y hemos jugado juntos. Siempre estaba en casa de mamá, en la calle de la Magdalena y venía á comer todos los días, como si fuéramos hermanos. Cuando yo era pequeña, me llevaba en brazos...

Y amontonaba detalles de aquella fraternidad, exagerando unos, inventando otros al azar, en la improvisación de su cólera.

—Viene—añadió,—está un instante, hacemos mú-



sica, porque toca admirablemente el piano, fuma un cigarro y se va...

Trataba instintivamente de justificarse.

Sebastián se quedó lelo. Aquella mujer, que le asustaba, le parecía otra Luisa, y casi se encorvaba al peso de su voz furiosa, que nunca hubiera creído que era tan firme, tan arrebatadora.

—Creí,—dijo levantándose con triste dignidad— que era mi deber prevenir á usted, señora.

Hubo un momento de grave silencio. Aquel tono firme y casi severo, obligó á Luisa á ceder en su hablar difuso; bajó los ojos y dijo con voz dulce y turbada:

—Perdón, Sebastián; pero en verdad que... juro á usted que le agradezco infinito me haya prevenido. Ha hecho usted bien, Sebastián.

—Es por evitar las calumnias de esas lenguas viperinas. ¿Digo bien?

El justificó su intervención, feliz al verla calmada. Dijo que muchas veces sobre una palabra se fragua una intriga, y que estando prevenida...

—Es verdad, Sebastián—repitió ella.—Ha hecho usted bien en avisarme.

Luisa se sentó; aun brillaba su mirada, y á cada instante pasaba el pañuelo por los labios.

—Pero, en fin ¿qué debo hacer Sebastián?

—¡Qué se yo, querida amiga!

Estaba conmovido al verla ceder así y pedir consejo, y se reconvenía por turbar de aquel modo el placer de sus intimidades.

—Es claro,—dijo—que debe usted ver y recibir á su primo. Pero conviene tener cierta reserva, por temor á los vecinos... En lugar de usted yo le contaría... le diría que...

—Pero en suma—repuso ella mirando al suelo—¿qué dice esa gente?

—Observan. ¿Qué hay? ¿qué pasa? ¿quién entra? ¿quién sale?

—Se lo dije á Jorge,—dijo Luisa levantándose de pronto—y muchas veces. Esta es una calle imposible; no se mueve una hoja sin ser espiada.

—No se puede evitar...

Hubo otra pausa. Luisa se paseaba con la cabeza baja, el ceño fruncido, cuando, deteniéndose, dijo á Sebastián con la mirada inquieta:

—Si Jorge supiera esto... ¡qué disgusto!

—Es inútil que lo sepa—contestó rápidamente Sebastián.—Esto debe quedar entre nosotros.

—Para no afligirle ¿verdad?

—Ciertamente. ¿De modo—añadió él tendiendo casi tímidamente la mano—que no está usted irritada contra mí?

—¿Yo, Sebastián? ¡Qué locura!

—Perfectamente... He creído cumplir mi deber, porque al fin, querida amiga, usted no sabía nada de esto...

—¡Lejos de ello!

—Es verdad; adiós, pues; no quiero molestar más—añadió conmovido—estoy siempre á sus órdenes.

—Adiós, Sebastián... ¡Pero qué mala casta! Todo por haber visto entrar á ese pobre chico tres ó cuatro veces...

—Casta de canallas—repuso Sebastián.

Y se fué.

Luisa le siguió con la vista, y cuando se cerró la puerta, dijo:

—¡Qué ultraje! ¡Esto no le pasa á nadie más que á mí!

En el fondo, la intervención de Sebastián la irritaba tanto como las murmuraciones de las vecinas. Su vida, sus visitas, el interior de su casa, eran discutidas, examinadas por Sebastián, por Julián y



*tutti quanti*. Tenía mentor á los veinte y cinco años. ¡Era gracioso! ¿Y por qué, santo cielo? Porque su primo y único pariente iba á verla...

Pero calló de pronto. Las miradas de Basilio, sus palabras apasionadas, sus besos, el paseo á Lumiares; todo la vino á la memoria. Su conciencia se ruborizó; pero el despecho protestaba todavía. Era verdad que sentía algo, pero algo honrado, ideal, platónico, porque jamás sería *otra cosa*... Podía sentir en el fondo del corazón una debilidad, pero sería siempre, siempre, mujer honrada, fiel, de uno sólo...

Esta seguridad la irritaba contra los *chismosos* de la calle. ¿Cómo era posible que sólo por ver entrar á Basilio cuatro ó cinco veces á las dos de la tarde, se dieran á murmurar y á arrancarla la piel? Sebastián era un farsante con terrores de ermitaño. ¡Qué idea la suya de consultar con Julián! ¡Julián!... Este era quien le había empujado con sus miedos burgueses, para fatigarla y burlarla. ¿Porqué? Por envidia, porque Basilio era guapo, elegante y rico.

Las cualidades de Basilio se la aparecieron, tan magníficas y numerosas como los atributos de una divinidad. ¡Y le adoraba, y quería vivir cerca de él! El amor de aquel hombre que había gustado tantos placeres, y abandonado tantas mujeres, le parecía como la afirmación gloriosa de su belleza y de su irresistible seducción.

El placer mismo de aquel culto le hacía temer su pérdida. No quería verle disminuir, sino tenerle siempre presente, en aumento, flotando á su lado como la humareda del incienso, ¿Podría separarse de Basilio? Pero si la vecindad, ó los amigos murmuraban ó comentaban, podría enterarse Jorge... Esta hipótesis la daba frío en el corazón. En el fondo tenía evidentemente razón Sebastián.

En una calle pequeña, compuesta de doce casas, aquel joven elegante y buen mozo, que iba todos los días en ausencia de su marido... Esto era grave... ¿Qué hacer?

Sonó con fuerza la campanilla, y entró Leopoldina. Llegaba furiosa contra el cochero, que quería cobrarla dos carreras, porque se había detenido en el camino. ¡Canalla!

—¡Y qué valor!

Dejó la sombrilla y los guantes, y agitó las manos en el aire para que bajara la sangre y quedaran más blancas, arregló ante el espejo los rizos del cabello, con las mejillas encendidas, y tan perfectamente encorsetada, que se señalaba admirablemente su tronco.

—¿Qué tienes hija?—dijo.—Estás como volada, encendida...

—Nada—contestó Luisa;—contestaciones con las criadas...

—Son insoportables.

Y Leopoldina contó las exigencias de Justina, sus descuidos. Pero aun se daba por contenta de que no se fuera; cuando se tiene que utilizar á esta gente... Se encogió de hombros, y suspiró. Luego, poniéndose polvos de arroz, añadió lentamente:

—Mi señor y dueño está en Campo Grande, y yo debía comer fuera con...

Se detuvo, sonrió, y volviéndose hacia Luisa la dijo con acento franco y riendo:

—La verdad, no sabía dónde ir, ni tenía dinero. El pobre chico, con su paga mensual, no puede hacer milagros, y me dije: Vamos á ver á Luisa. Y, además, siempre hombres, encocora... ¿Qué tienes para comer? Sin cumplidos ¿eh?...

—Claro que no.



Tenía lo de siempre: chuletas de ternera muy exquisitas.

—¿No tienes bacalao?—dijo de pronto Leopoldina.

—Debe haber... Pero ¿porqué esa rareza?

—Hazme preparar un pedazo. El animal de mi marido aborrece el bacalao, yo me muero por él con aceite y ajo.

Se calló de pronto, como contrariada.

—¿Qué te pasa?

—Que hoy no puedo comer ajo.

Entró riéndose en el salón y tomó una de las rosas de Sebastián, que se puso al pecho.

—Hubiera querido tener—pensaba—un salón como aquel, en reps azul, con dos grandes espejos y su retrato al óleo, de cuerpo entero, descotada, junto á un búcaro elegante...

Se sentó al piano y arrancó al teclado algunos motivos de *Barba Azul*.

—¿Has mandado poner el bacalao?—preguntó al ver entrar á Luisa.

—Sí.

—¿Asado?

—Sí.

—Gracias,—contestó, cantando con voz picaresca su canción favorita de *La Gran Duquesa*:

*Según cuentan las crónicas,  
Un abuelo tuve yo...*

Pero Luisa encontraba aquella música *bullanguera* y quería algo triste... dulce... un *fado*, por ejemplo.

—Sí, el *fado* nuevo,—contestó Leopoldina.—¿Lo conoces? Es precioso y con una letra divina.

Preludió, miró al techo y cantó balanceando cadenciosamente la cabeza.

*Ayer vi un joven moreno  
Cuya gracia y gentileza...*

—¿No conoces esto, Luisa? Hija, hace llorar. Volvió á empezar con dulzura. Era la historia de su amor infortunado.

Le veo en el hondo cielo,  
Y en las brumas de la mar;  
Y á mi lado, aunque esté lejos,  
Yo le siento palpar.

—¡Arrebatador!—suspiró Luisa.

Leopoldina acabó en varios *¡ah!* con languideces infinitas.

Luisa, cerca del piano, percibía el olor de heno cortado que Leopoldina solía llevar; el *fado* y sus versos la habían entristecido y su mirada soñadora seguía sobre las teclas los dedos ágiles y delgados de Leopoldina, cargados de anillos regalados por Gama.

Juliana entró peripuesta, con su gola nueva, y anunció que estaba la comida servida.

Leopoldina se levantó. Venía á punto, porque se moría de hambre. La vista del comedor, con las ventanas abiertas y el verdeguear de los terrenos baldíos de enfrente la regocijó. ¡Era tan triste su comedor que le quitaba el apetito! ¡Daba á una calleja, de modo que!...

Picó granos de uva, aceitunas y conservas y viendo el retrato del padre de Jorge, dijo desdoblado la servilleta:

—¡Qué divertido debía ser tu suegro! Tiene figura de mono...

—¡Cuánto tiempo hacía que no habíamos comido juntas!



—¿Desde cuando?

—Desde el primer año de mi matrimonio—dijo Luisa.

Leopoldina se puso colorada. En aquel tiempo se veían á menudo. Jorge las dejaba ir de tiendas, á las pastelerías, á Gracia. El recuerdo de aquella intimidad les recordó cosas más lejanas, de sus tiempos de colegio.

Había visto, hacía unos días, á Rita Vega con su sobrino.

—¿Te acuerdas de él?

—¿De *Espinaca*?

—*Espinaca* ó no, era entonces un hombre, un ideal, un héroe; todas las colegialas le escribían dulces cartas, le dibujaban corazones atravesados por flechas y le ponían en su grasienta gorra flores de papel. ¿Y cuando pillaron á Micaela en el cuarto de los baúles, comiéndoselo á besos?...

—¡Qué horror!—dijo Luisa.

—Micaela estaba loca.

—¡Pobre chica! Luego se casó con un teniente que la pegaba.

Tenía ya más chicos que los que van detrás de una gaita...

—¿Un valle de lágrimas!—dijo Leopoldina.

Estaba en vena de murmurar. Se servía copiosamente, con gula; picaba de aquí y de allí, un trocito en la punta del tenedor, lo gustaba, lo dejaba luego, comía rebanadas de pan con mantequilla... Se regocijaba con aquellos recuerdos de colegio. ¡Qué felices tiempos!

—¿Te acuerdas de cuando reñimos?

Luisa no se acordaba.

—Fué porque abrazaste á Teresa, que era mi sentimiento.

Hablaron de los sentimientos. Leopoldina tuvo

cuatro; la más bonita era Juanita Freitas. ¡Qué ojos! ¡qué bien formada! La hizo la corte más de un mes.

—Locuras,—dijo Luisa ruborizándose.

—¿Por qué locuras?

¡Ay! se acordaba siempre con pena de que los sentimientos fueron sus primeras y más vivas sensaciones. ¡Qué raptos de celos! ¡Qué delirios en las reconciliaciones! Y los besos robados... los dulces ojos las cartitas y todos los latidos primeros del corazón...

—Nunca, nunca desde que soy mujer, he experimentado por ningún hombre lo que sentía por Juanita. Puedes creer que...

Una mirada de Luisa la detuvo. ¡Y Juliana que la oía! La había olvidado ¡qué diablo!... Las fastidió un poco con su sonrisa páfida, su cara roma y el tic tac metálico de sus suelas.

—¿Y qué fué de Juanita?—preguntó Luisa.

—Murió tísica,—dijo Leopoldina tristemente.—Una enfermedad horrible ¿verdad? Pero yo no la temo,—añadió, golpeándose el pecho.—Todo está aquí dentro sano y bien colocado.

Cuando Juliana salió, dijo Luisa:

—Ten cuenta con lo que dices.

—¡Ah, sí!—respondió risueña Leopoldina.—El respeto á la casa... Tienes razón.

Y al entrar Juliana, con el bacalao asado, la hizo una *ovación*.

¡Bravo! ¡Bien! ¡Soberbio!

Tocó el bacalao con la punta del dedo. Estaba dorado y abierto en rajás.

—Vas á ver... ¿No te gusta esto? Tú te lo pierdes, porque está riquísimo.

Y añadió resueltamente:

—Tráigame usted un ajo, señora Juliana; pero bueno.



Y cuando salió la criada, añadió:

—Quisiera ir luego á casa de Fernando, pero...

¡Ah, gracias, Juliana! No hay nada como el ajo...

Lo aplastó entre los dedos contra el plato, y roció gravemente los trozos de bacalao con un poco de aceite.

—¡Divino!—exclamó.

Llenó de nuevo el vaso y declaró que aquello era una *travesura*.

—Pero ¿qué tienes?

Luisa parecía, en efecto, preocupada. Había suspirado bajo; por dos veces se levantó inquieta de la silla y dijo á Juliana:

—Me parece que han llamado, vaya usted á ver.

Nadie llamaba.

—¿Quién puede ser?—dijo Leopoldina.—¿Esperas á tu marido?

—¡Oh, no!

—Y tu primo ¿viene á verte?

—Sí—contestó Luisa ruborizándose.—Ha venido varias veces.

—¡Ah! ¿Y sigue buen mozo?

—No es feo.

—¡Ah!

Luisa se apresuró á preguntar si había pedido ya su vestido á cuadritos. No lo había pedido. Se pusieron á hablar de *toilettes*, telas, tiendas, compras... Trajeron el asado. Leopoldina tenía las mejillas de rojo vivo. Pidió su abanico á Juliana y echada sobre el respaldo de la silla, declaró que era feliz como una princesa. Bebía en su copa á pequeños sorbos. ¡Qué buena idea la de comer juntas!

Cuando Juliana sacó los frutereros, la dijo Luisa que ya pedirían el café; fué á cerrar por sí misma la puerta del salón y corrió el portier.

—¡Qué pesada es esta Juliana! ¡Me subleva verla siempre á mi lado!

—¿Y por qué no la despides?

—Porque Jorge no quiere, que si no...

Leopoldina protestó.

—Los maridos no debían tener voluntad propia.

—¿Y el tuyo, entonces?—dijo Luisa.

—¡El mío! ¡Un hombre que duerme solo!

Mordió un albérchigo, y declaró que aborrecía á los hombres que se ocupaban de las criadas, de la cocina, del aceite, del vinagre...

—¡Mi señor esposo pesa la carne! Después de todo, me conviene, porque la sola idea de ir á la cocina me subleva!

Suspiró. Hubiera tomado más vino, pero estaba vacía la botella.

—¿Quieres champagne?—dijo Luisa riendo.—Tengo uno muy bueno, que un español, dueño de minas, envió á Jorge,

Y ella misma buscó la botella, le quitó la envuelta azul, y entre risas y temores, hicieron saltar el tapón. La espuma las puso contentas, y miraban las copas con un aire de bienestar infinito.

Leopoldina dijo que sabía abrir perfectamente el champagne, y habló vagamente de cenas...

—¡El martes de Carnaval hará dos años! Si fuese rica, no bebería más que champagne.

Luisa no; ambicionaba un cupé. Hicieron proyectos para el caso de que fueran ricas. Luisa quería viajar; ir á París, á Sevilla, á Roma... Leopoldina quería larga vida con carruajes, palco en los teatros, temporada en Cintra, cenas, bailes, vestidos, juego... Adoraba el *monte*, que la hacía palpar el corazón, y creía que llegaría también á adorar la ruleta.